

adyacentes no se fian aun en las leyes que separándolos de los extranjeros los separan tambien de todo contacto con el cristianismo; la India, abierta materialmente á los cristianos, opone el muro de bronce de sus castas á sus comunicaciones; en ninguna parte se atreven á medir sus fuerzas con la religion emanada de Cristo los cultos que no están fortificados con el signo de la cruz, semejantes á esas hordas de las inmensas llanuras del Norte que retroceden ante la civilizacion á medida que avanzan, ó á esos antiguos Partos cuya fuerza estaba en la fuga y en el desierto. Así, ante la estrategia católica, ningun culto extraño tiene levantados y desplegados sus estandartes; la persecucion, el alejamiento, el silencio, hé aquí todos sus recursos, recursos que el tiempo destruye cada dia, de acuerdo con la verdad, y que agotados al fin los dejarán sin defensa y sin refugio contra el contacto poderoso de nuestra persuasion.

Si me preguntais, Señores, de dónde han salido pues esas supersticiones desnudas de eficacia, de moralidad, de razon, os lo diré en una palabra: nacieron de la pasión religiosa, combinando por medio de una inspiracion privada y popular los elementos divinos derramados en el mundo, atrayéndolos, coordinándolos, y sembrándolos á su placer. El hombre tiene ante sí por lo menos restos de verdades, tradiciones flotantes; remueve este polvo como el alquimista; mezcla el oro y el plomo, el cielo y la tierra, soplando sobre ellos con una boca corrompida, hasta que produce una mixtura que tiene á un tiempo mismo el encanto del error y algunos vestigios de verdad!

Ahora os invito á otro espectáculo. La supersticion fatiga al hombre, quien busca el remedio en su razon, y al punto se abre ante él un abismo aun mas profundo, el abismo de la incredulidad.

Llega un jóven á la edad de quince años; su razon se ha despertado; ha vivido algunos dias en la antiqüedad, ha leído algunas páginas del mundo presente. No le ha sido difícil apercibir que la supersticion ocupaba un gran lugar en la historia de sus semejantes; pero sus ojos, aun mal abiertos, no han distinguido la verdad del error ni la apariencia de la realidad. Comienza, pues, con un grande acto: niega, y como es propio de la juventud no tener medida, ser infinita en sus concepciones y en sus deseos, lo niega todo; niega á su padre y á su madre en su fe, á su patria en lo pasado, todo cuanto ha hecho la humanidad hasta él, todo el movimiento que le ha llevado hácia Dios, y solo, independiente, monarca absoluto de su persona, mira con satisfaccion este grande imperio; es al fin dueño de él y va á edificar.

Pero no edificará, no tiene ni aun necesidad de edificar; su incredulidad está aceptada. Este es el primero y el mas alto grado de la incredulidad; su incredulidad está aceptada, ya está contento. Dios le ha dado al mundo; Dios ha derramado en él esa gota de leche y de acibar que es la vida; Dios le ha dado un padre y una madre, hermanos y hermanas, una patria, un destino, su ingenio, todo cuanto es, todo: pero él no cree que le debe nada, ni ser respecto de Dios otra cosa que un extranjero. Y si considera toda esa fermentacion religiosa de la humanidad, que no cesa de buscar á Dios, que piensa firmemente haberle hallado, que ha cifrado en él sus mas queridas esperanzas y sus deberes mas sagrados, no cesa de ser feliz con este espectáculo, porque poniéndose aparte, se cree mas grande que todas las naciones, puerilmente enfeudadas con tan pobres necesidades, y con tan vil reconocimiento hácia Dios: á Dios, que es tan poca cosa, que no ha hecho mas que el mundo,

ya que se le conceda haberlo hecho. Yo no combato, Señores, esta incredulidad, yo no le digo nada; pero saco esta consecuencia, que siempre que el hombre se coloca con su razon pura y personal ante Dios, se retira de Dios esta razon, y no puede comunicar ya con Dios. No digo mas: acepto en este momento la incredulidad como se acepta ella á sí misma: Dios la ha puesto en mi mano para que me sirva de ella en favor de mi fe, para que sea una prueba del origen sobrehumano de la religion. Si, hijo mio de quince años, sé incrédulo, la humanidad necesita tu rebeldia para ratificarse en su obediencia, y esperando el día en que tú reconozcas tu error, ella te contemplará para asegurarte que la razon es incapaz de crear la religion.

No obstante, Señores, la incredulidad no se detiene largo tiempo en este estado de aceptacion en que se halla en un alma de quince á veinte años. Cuando se envejece, se descubren en la vida las necesidades mas profundas; los años, al retirarse, nos dejan ver en nosotros playas desconocidas, y la incredulidad, en un principio tan alegre, comienza á resolverse en una especie de tormento semejante al que causa la ausencia de la patria. Revolvémonos en el lecho de la duda; y esta es la incredulidad en su segundo estado, que yo llamaré la incredulidad inaceptada. ¿Qué queréis? ¡Hemos nacido en una época escéptica, y no tenemos á nuestro alrededor mas que libros y palabras que tratan á Dios como á un muchacho! Pero Dios no necesita del hombre; crece y se agranda él solo en el alma, por medio de una vegetacion sorda y sublime que solo es suya: sus raices aspiran la sustancia mas pura, y un día se inclina el hombre inquieto hácia este huésped doloroso, esforzándose en renovar sus relaciones privadas con él por medio de su razon.

Este fenómeno, Señores, se ha visto desde fines del

último siglo en grandes proporciones. Seguramente ningun siglo habia gozado de una incredulidad mas perfectamente aceptada; y no obstante, ved lo que es el hombre. Apenas la Revolucion hizo de la sociedad francesa un campo abierto de batalla, cuando los mismos que todo lo habian destruido, los mas ardientes de entre ellos, se espantaron de la ausencia de Dios. Un hombre, cuyo nombre callaré, cogió en la sangre un lápiz, lo tomó con su mano deshonorada, y subiéndose á una escala para elevarse hasta el frontis de un templo, grabó en él esta confesion: *El pueblo francés reconoce la existencia del Sér supremo*. Dios quiso que fuese esta mano fria y sangrienta la que le rindiese, en el momento mas impio de toda la historia, un irrecusable testimonio. Dado el ejemplo, se esforzaron otros hombres en fundar un culto nacional. Nació la teofilantropia. Perdonad que pronuncie esta palabra bárbara; Dios condena á nombres salvajes, como á obras vanas, á los hombres que rechazan la verdad. La teofilantropia intentó pues fundar un culto racional, y cuando Dios presentó á la Francia al jóven cónsul que debia reorganizarla, vino esta secta filosófica y religiosa á ofrecerse á él como todo el mundo. El jóven no les dijo mas que esta palabra: «Señores, no sois mas que cuatrocientos, ¿cómo queréis que establezca una religion con cuatrocientos hombres?» Así, en un momento tan grave, no habia podido reunir la religion racional mas que cuatrocientos sectarios, y bastó una palabra para reducirla á la nada, y para que jamás se oyese hablar de ella.

Siguieron á estos otros acontecimientos: nuestro siglo se agrupó á las puertas de la aurora. Nosotros nacimos, y con nuestra generacion una multitud de almas que tampoco querian la incredulidad aceptada. Reuniéronse para volver á emprender la obra de una religion fundada en sola la razon. Ya habeis visto el

ensayo ; hase intentado á vuestra vista una ó dos veces. Digo una ó dos veces , y podría decir mas sin temor de equivocarme ; pero no debemos contar mas que los experimentos que han tenido alguna extension y alguna solemnidad. Habeis pues visto á sabios y á hombres de talento reunidos en esta capital , cerniéndose sobre ella , y llamando á si sin respeto humano á las almas jóvenes y ardientes que se debatian contra la incredulidad ; los habeis visto sacrificar su tiempo , su fortuna , su porvenir á la realizacion de un culto digno , decian , de un siglo ansioso de Dios , pero sin querer recibirlo mas que de las manos de la ciencia y del genio. ¡ Pues bien ! á la vista lo teneis ; ¿ cuántos años han sido necesarios para que los edificadores , desesperados de su obra , recobrasen el nivel social , y fueran á poblar todas las administraciones civiles de su apostolado concluido y de su paternidad disuelta ?

Estos ensayos , tan solemnes como infructuosos , no han persuadido aun á nuestra edad su impotencia para crear la religion ; tanta necesidad tiene el hombre de Dios , aun cuando su orgullo rechace su fe. Cada dia se nos anuncia la religion futura de la humanidad ; y si no se puede hacerla , se la profetiza al menos. Se transforma la impotencia en esperanza. Pero la humanidad no tiene tiempo para esperar , y quiere á Dios para hoy y no para mañana. Tiene hambre y sed de Dios hace seis mil años ; ¡ y vosotros que venisteis tan tarde , cuando os poneis á obrar para subvenir á necesidades tan profundas , á aspiraciones que los siglos no han fatigado , os limitais aun á profecias ! Por mi parte , no creo en lo que no da á la humanidad su pan cotidiano. Creo que Dios ha sido desde el origen padre del alma y del cuerpo ; creo que han venido ya todas las mieses , que ha caido ya toda la lluvia ; que el hombre , tanto en el órden

de la verdad como en el de la naturaleza , no está solamente hambriento , sino que se sacia cuando quiere. Dispuesto está el pan , Dios lo ha amasado ó formado con sus manos ; lo que falta es la voluntad de tomarlo tal como Dios lo ha hecho : se prefiere preparararlo segun el gusto de cada uno ; se pide á la razon lo que no puede dar. La Polonia tenia mas sentido cuando fué dividida ; ella decia : « Dios está demasiado alto y la Francia demasiado lejos. » Esta palabra final explica , Señores , toda esa impotencia del hombre en ponerse por sí en un comercio positivo con Dios ; Dios está demasiado alto , y la razon demasiado lejos.

Terminaré con una consideracion sobre el protestantismo , otro esfuerzo humano para librarse de la incredulidad constituyendo un comercio racional del hombre con Dios.

Seguramente , nada es mas natural y sencillo que la idea de Lutero : Lutero se decia , implicita ó explicitamente , porque importa poco que un hombre sepa ó no lo que hace , Lutero se decia : La sola razon no puede comunicar con Dios , necesita un elemento divino , transnatural , extraño á su propia concepcion , porque para establecer una relacion , es necesario antes de todo ser dos. La humanidad debe , pues , presentar á Dios su inteligencia y su corazon ; pero es evidente que si Dios no ha puesto en ella por su parte su inteligencia y su corazon , la religion es manifiestamente la mas absurda de todas las quimeras. Quien dice relacion dice concurso ; quien dice concurso dice encuentro reciproco : la religion es el reciproco encuentro del hombre y de Dios , habiendo comenzado necesariamente Dios el primero , porque es el mas antiguo , el mas fuerte y el mas instruido. La religion debe , pues , encerrar alguna cosa del hombre , pero tambien alguna cosa de Dios ; y esto es el

Evangelio. El Evangelio es la palabra mas pura, la mas amable y eficaz que hay en el mundo. Dios está en él ó no está en ninguna parte. Tomemos, pues, al Evangelio por la parte de la religion; el hombre pondrá tambien en él su corazon y su razon. ¿Qué mas es necesario? El Evangelio y la razon, el Evangelio hablando á la razon, la razon respondiendo al Evangelio; ¿qué correspondencia mas sencilla, mas dulce y mas magnífica! La relacion, la vida, la realidad, todo está aquí. Ningun tercero interviene entre Dios y vosotros; no mas papado ni sacerdocio, ninguna cuestion entre el Estado y la Iglesia, y no obstante un resorte real y santo que lleva el hombre á Dios y trae Dios al hombre. ¿Qué obra mejor, Señores, qué solucion mas magnífica del problema de un culto racional! ¿un simple himeneo del Evangelio y de la razon! Así el éxito fué grande, toda Europa se conmovió, y no es necesario explicar por causas secundarias estos grandes movimientos del mundo, que han tenido siempre por palanca algun elemento extraordinario y fecundo que hace su advenimiento. La combinacion de Lutero, satisfaciendo la pasion religiosa del hombre, lisonjeaba su razon, su orgullo y su libertad; debia pues conmover el universo.

Pero lleguemos al fin. Ha pasado el tiempo de esta rica concepcion; ha sufrido en el movimiento general de las cosas y de los espíritus la prueba decisiva que manifiesta dónde está la vida y dónde la muerte. ¿Qué es el protestantismo en el dia? ¿No ha encallado en ninguno de esos dos escollos preparados por Dios al error religioso? ¿Ha evitado la supersticion y la incredulidad? Me remito á la respuesta de cualquiera que sabe la historia dogmática de los tres últimos siglos y el estado presente de las cosas humanas. Por una parte, el protestantismo, en virtud de su principio mismo, porque ha rechazado toda autoridad

entre el hombre y Dios, ha llegado á la disolucion doctrinal mas espantosa de que existe memoria. Todo se ha negado en nombre del protestantismo, no solamente los dogmas y los Sacramentos cristianos, la Trinidad, la Encarnacion, la Divinidad del Verbo, el pecado original, sino hasta las verdades del órden natural relativas á Dios y á nuestros inmortales destinos. Despues de haber comenzado por confesiones de fe contradictorias, se ha concluido por no poder ni aun enarbolar por simbolo la contradiccion; tanto ha progresado la incredulidad y ha carcomido hasta los huesos á todo dogmatismo. Sin embargo, no todos han seguido esta pendiente: otros, intentando detenerse en ella, pero faltos de una autoridad que reglase su fe, han terminado por la inspiracion privada y popular en el misticismo mas extravagante y mas supersticioso. Ya sabeis las escenas de la América, esos hombres y esas mujeres reunidos en asambleas apocalípticas, profetizando, hablando todas las lenguas, presentando en fin al mundo pasmado todo el delirio de las almas que buscan á Dios sin Dios.

No pretendo, Señores, que fuera de estas dos clases no existan protestantes que permanezcan fieles á muchas verdades evangélicas, é igualmente preservados de la supersticion y de la incredulidad. Así debe ser, y así es. Pero no debemos juzgar una doctrina por resultados individuales; debemos juzgarla por sus efectos generales, por las grandes corrientes de su influencia y de su accion. Hay protestantes que siguen, sin saberlo, otro principio distinto del principio disolvente del protestantismo, que aceptan por via de autoridad una parte de las verdades de la fe, que, protegidos por una naturaleza feliz y una ignorancia aun mas dichosa, nutridos del Evangelio, acostumbrados á buenas obras, se sostienen en la superficie de este océano agitado, y gracias á su bue-

na fe, podrán presentar un dia á Dios una conciencia que habrá permanecido pura y católica romana sin saberlo ellos. Estas son excepciones á que están sujetos los mas miserables errores; y así como Dios hace descender el rocío en el cáliz emponzoñado de una flor, así tambien hace descender el bien y la verdad hasta en la corrupcion de la verdad. Entre los protestantes hay católicos, como entre los católicos hay protestantes, es decir, en una y otra parte hombres que siguen un principio contradictorio al de su fe exterior y confesada. Pero no por eso deja de ser el protestantismo el gran camino de la incredulidad y de la supersticion, como es el catolicismo el camino real de una fe tan racional como profunda.

En el próximo Sermon fijaré este último punto que nos resta que probar. Os demostraré la doctrina católica tan fuerte contra la supersticion como contra la incredulidad, asegurando nuestro espíritu contra la duda, libertándole del delirio, llamando á sí á las almas de estas dos partes del horizonte, y en este equilibrio sereno y majestuoso, superior á la razon, que no la ha fundado y que no la puede destruir, dándole cuenta sin aceptar su yugo, ilustrándola y elevándola sin mudar su naturaleza, madre, hermana é hija de toda verdad, Dios y hombre á un tiempo mismo, impeliendo, en fin, con paso igual á las generaciones á su porvenir humano y á su porvenir eterno.

SERMON VIGÉSIMO OCTAVO.

De la religion producida en el alma por la doctrina católica.

MONSEÑOR :

Señores :

TENIA que establecer, en último lugar, tres cosas: primera, que la religion es una pasion y una virtud de la humanidad; segunda, que fuera de la doctrina católica ninguna otra doctrina ha producido esta virtud de la religion; y tal ha sido el objeto de los dos Sermones que han precedido á este. Réstame establecer otro tercer punto, á saber, que la doctrina católica produce este comercio positivo y eficaz con Dios á que damos el nombre de religion, y mostrar por consiguiente que esta doctrina evita los dos escollos en que chocan todas las demás, la supersticion y la incredulidad. Llegaré, pues, á ese término de mi pensamiento probándoos que la doctrina católica goza de una eficacia sobrehumana de costumbres y de una eficacia sobrehumana de razon, que es el fruto del comercio que ella establece entre Dios y el hombre.

No comienzo, Señores, sin experimentar en mi interior cierta tristeza. Es la última vez de este año que nos reunimos; y vuestra atencion, vuestro zelo, la unanimidad de vuestro asentimiento me han con-